

Avda. El Bosque, 0512, Dep. A.

Santiago de Chile.

26, Febrero, 1946.

Sr. D. José Luis Romero  
Buenos Aires

Muy querido amigo:

Que los lloriqueos, aun del rorro más apacible del mundo, hacen retrasar la correspondencia, es un hecho comprobado tanto por filósofos como por historiadores. En tales condiciones, la frase de Pascal: L'esprit de ce souverain juge du monde n'est pas si indépendant, qu'il ne soit sujet à être troublé par le premier tintamarre qui se fait autour de lui, no resulta nada exagerada. A pesar de todo, hacía tiempo que me mordía la conciencia pensando en que ya debía haber contestado a su carta de Noviembre. Pero cuando regresé ayer de unos días pasados en una maravillosa propiedad de unos amigos, que domina toda la bahía de Valparaíso, y me encontré con el ejemplar de "Sur" donde apareció su artículo, los mordiscos de la conciencia ya fueron insuportables. "Llore o no el niño", me dije, "ha llegado la hora de que la respuesta se haga efectiva". Como conjurado por un superior poder, el niño cayó presa del más profundo sueño. Dicho lo anterior, ya puedo escribir con toda tranquilidad que, con excepción de los elogios (aun cuando, he de confesarlo, también me gustan mucho), su artículo me encantó por todos conceptos. Es lo mejor que he visto no sólo sobre mis Cuatro visiones, sino también sobre lo que, si el término no parece excesivo, podría llamarse mi "obra". No necesito decirle, pues, que le estoy infinitamente agradecido. Tanto más cuanto que usted ha podido y sabido ver lo que es más difícil advertir: que, en virtud de múltiples circunstancias, he intentado tejer una quinta visión de la historia sobre el cañamazo de las cuatro ofrecidas. Claro está que todo es aún bastante insuficiente: si el libro tiene fortuna y se hace posible otra edición, no modificaré nada, pero sí introduciré un largo epílogo que ponga en claro muchas cuestiones hasta ahora insuficientemente dilucidadas. Por ejemplo -y para no citar sino una- la cuestión, tan debatida y tan oscura aún, del historicismo. Porque me parece ver más claramente cada día que esta cuestión del historicismo nos plantea -entre otras- la cuestión esencial de la historia. Por un lado, la historia es de tal índole, que sólo por ella misma parece poder ser comprendida. Y ésta es la justificación última y esencial del historicismo aplicado a la historia. Por el otro, parece como si -de un modo análogo a la famosa pregunta que hace Bergson con respecto a la nada- la consideración de la historia por sí misma requiriera ~~XXXXXXXXXX~~ demostrar que la pregunta: ¿Por qué hay una historia y no ninguna? constituye un ~~XXXXXXXXXX~~ pseudo-problema. En otros términos, sólo la eliminación de tal cuestión del ámbito de la posibilidad justificaría íntegramente el historicismo. Por demás está decir que yo quisiera mostrar que tal pregunta es justificada y, por consiguiente, mostrar que el historicismo es una de las maneras ~~XXXXXX~~ -por cierto, bien fecunda- de considerar la historia, pero no la única. Para resumir, quisiera en tal epílogo mostrar los fundamentos metafísicos en que se basa mi teoría, hasta ahora indemostrada, de la historia. Pero no quisiera ahora que esta carta se me convirtiera en el epílogo, aunque he de confesar que tengo hartas ganas de ello. Quiero reiterarle únicamente mi

agradecimiento por un artículo que he leído bien emocionadamente.

Como hace algún tiempo que (por culpa mía) estamos incomunicados, ignoro cómo siguen sus proyectos. Por un lado, no sé si va usted a reanudar sus clases anteriores. Por el otro, me agradecería saber si tiene usted muy adelantada su obra sobre los ideales de la romanidad. Lo que al respecto me decía usted en su carta última, en respuesta a ciertas indicaciones mías, me parece bien justo, pero el tema merece discusión larga. Ciertamente que puede usted por el instante soslayar el problema y atenerse a esa visión de la novedad que Roma introduce en el Occidente -novedad que constituiría el cimiento sobre el cual se edificaría el mundo occidental-. Pero la cuestión del Occidente seguiría en pie. Tanto más esencial es esta cuestión cuanto que vivimos en unos instantes en que se ha hecho problema el Occidente entero, cuando menos en su aspecto "europeo", y podemos preguntarnos si no va a acontecer con él lo que sucedió en Grecia: que, perdido su poder, se transfunda, diluida, su cultura a orbes más espaciosos. Por eso me parece que su libro podría proporcionar una clara luz sobre un tema que es cualquier cosa menos académico. Nadie mejor que usted para tratarlo, porque en las páginas de La historia y la vida he visto defendida con extremo vigor la justa tesis de que una historia realmente viva es una historia que auna el saber histórico con la conciencia histórica, conciencia que parece alborear únicamente cuando, como usted dice (p. 35), hay un período que no está en marcha simplemente, sino que ha llegado a una encrucijada. No tome usted por mera retribución a sus elogios el que le diga ahora que he leído su libro con interés sostenido. De punta a punta creo ver en él la actitud de ese historiador realmente vital que sólo aparece en los momentos en que la historia funciona no como crónica, sino como recobramiento de una conciencia. En verdad, es el problema total de la ciencia histórica y -de ahí el exacto título- de la relación de la historia con la vida el que usted plantea. El libro tiene por ello, no obstante la aparente composición dispersa, la más rigurosa unidad. Inclusive en las Idas para una historia de la educación puede verse esto claramente. Pero sobre todo en los cuatro ~~primeros~~ primeros capítulos y, para mi gusto, en los tres primeros, incluyendo uno que en muchos aspectos resulta profético si se tiene en cuenta el tiempo en que se escribió: La formación histórica, que se firma en 1936, pero que por ciertos párrafos parece proceder de una conferencia de 1932. Tanto éste como el primer y el tercero, sobre los cuales he acumulado las anotaciones, proporcionan el material para otro libro que usted debe hacer: un tratado "sistemático" que ponga en claro estos dos temas: qué es la historia como ciencia y cómo es posible una ciencia histórica - cuál es la relación última de la historia con la vida y cómo se ha manifestado a lo largo de la historia misma, sobre todo en la obra de los grandes historiadores.

No haga usted caso de mi retraso y escríbame bien pronto sobre sus trabajos y sobre su situación. Renéé agregará unas líneas para Teresa, a quien le ruego salude muy afectuosamente. Yo voy a recomenzar dentro de unos días mis clases, pero espero que ello no me impida demasiado proseguir lo que tengo iniciado. Me gustaría hablar otro día de ello. Creo que dentro de poco recibiré algunos ejemplares de otras dos pequeñas obras mías: La ironía, la muerte y la admiración, y Cuestiones españolas, que me dicen han salido ya en México. Escríbame bien pronto. Un abrazo de su buen amigo,  
P.V. *Henry*  
Estamos esperando aquí la confirmación del triunfo democrático.